

COMENTARIOS ARQUEOLOGICOS SOBRE LA PROBLEMATICA INCA EN CHILE CENTRAL¹ (PRIMERA PARTE)

Carlos González Godoy²

*A la memoria de María Godoy O. (1944-1998),
mi amada madre; ayer alma grande, hoy
estrella infinita.*

Poder definir con mayor precisión los distintos componentes culturales que conforman las expresiones conocidas tradicionalmente como incaicas, sus interrelaciones con las poblaciones locales, como también determinar las estrategias de dominio, las dinámicas de ocupación y los patrones de asentamiento que utilizó el *Tawantinsuyu* en Chile central, representan aspectos centrales para nuestra línea de investigación en la actualidad, necesitando para su profundización y esclarecimiento de la concurrencia de distintos equipos de trabajo en la región donde las manifestaciones incas se desarrollaron, especialmente en los interfluvios Aconcagua - Mapocho, Mapocho - Maipo y Maipo - Cachapoal.

Para ello hemos ideado una estrategia de trabajo que encara las variadas facetas de la problemática, con un interés preferente por las características que definen las modalidades de asentamiento, la funebria y algunas expresiones del plano ideacional incaico. Tras estos propósitos, desde 1987, estamos dedicados a reunir información sobre la temática inca en Chile central, que ha emanado fundamentalmente de tres vertientes: a) trabajos publicados; b) fuentes arqueológicas inéditas o parcialmente documentadas; y c) nuestras propias investigaciones, organizadas bajo el alero de la Sección Antropología del Museo Nacional de Historia Natural.

Como consecuencia de la confrontación de estos datos, que aún son procesados, han surgido de nuestro análisis algunas interrogantes, hipótesis, reflexiones y conclusiones de la problemática inca en su conjunto y en ciertas particularidades, que estructuradas en un plan de trabajo a largo plazo, se sintetizan en tres subproblemáticas interrelacionadas: 1) teórica - metodológica; 2) definición conceptual; y 3) cronológica. En el presente trabajo sólo abordaremos algunos aspectos de la primera, ya que las otras han sido tratadas en distintas investigaciones o se encuentran en una etapa de especificación (GONZÁLEZ 1998; RODRÍGUEZ *et al.* 1993; STEHBERG 1991-92, 1995).

Problemática teórica-metodológica

Analizaremos a continuación dos temas centrales de este ámbito, desde donde se ha construido gran parte del conocimiento incaico de Chile central, ellos son: funebria y arquitectura; presentando, previamente, algunos antecedentes históricos de la investigación. Se destacarán los enfoques tradicionales y nuestros particulares puntos de vista. La idea de este tratamiento no es agotar la información, como tampoco pretender que este trabajo sea una obra definitiva, sino más bien plantear algunas ideas y en lo posible abrir cauces de discusión. En este primer escrito, trataremos únicamente las expresiones arquitectónicas incas, ampliando la discusión planteada en estudios anteriores (GONZÁLEZ 1996; STEHBERG 1995), además de entregar algunos datos etnohistóricos atinentes al tema.

Aspectos generales

Durante gran parte del siglo XX, se generaron al interior de la investigación arqueológica algunas interpretaciones y cuadros explicativos sobre la ocupación incaica de Chile central que derivaban de situaciones regionales y culturales propias de ámbitos septentrionales, fundamentalmente de la otrora capital

cuzqueña, y con un enfoque en que predominaba la metodología histórica, poniendo énfasis en realidades puntuales, donde prevalecía un interés casi monotemático por la funebria. Este interés por sitios mortuorios se unía, inicialmente, a estudios concretos y trabajos con profundidad que integraban síntesis prehistóricas, constituyéndose en contribuciones fundamentales para la comprensión del período inca (MEDINA 1882; OYARZÚN 1910; UHLE 1911; LOOSER 1927; LATCHAM 1908, 1928), aunque predominaba en líneas generales el acopio de testimonios arqueológicos muebles de sitios funerarios, principalmente cerámicos, con una recuperación asistemática en rescates y excavaciones, en su mayoría carente de registros de campo y, por ende, de contextos.

Esto no significa que subvaloremos esta primera etapa de la investigación sobre la temática inca, que se arrastra, a nuestro entender, desde las postrimerías del siglo XIX hasta la segunda mitad del siglo XX, ya que representa la base de todo desarrollo científico posterior, contemplándose importantes aportes durante este período. Es esencial, en primer lugar, la obra de José Toribio Medina, porque integra información arqueológica con datos de archivo para entender genéricamente la expansión incaica en gran parte del actual territorio nacional, aunque su trabajo destaca también una posición que no variará en más de 100 años, comprender como breve la extensión cronológica del dominio inca (70 años), apoyándose en datos históricos; del mismo modo su visión arqueológica, en cuanto a la recuperación de evidencias, era bastante pesimista (MEDINA 1882).

Posteriormente, en el vasto y profundo trabajo de Max Uhle, encontramos interesantes opiniones sobre el proceso incaico y su influencia en Chile, aplicando su cuadro cronológico basado en siete períodos, correspondiendo el último a los incas, que además da término a su periodificación prehistórica. Al igual que Medina, ocupa información histórica para establecer el inicio del estado en la primera mitad del siglo XIV (UHLE 1922:46). Plantea también la posibilidad de que alguna corriente expansiva incaica a Chile haya seguido una orientación de Sur a Norte. Realiza, igualmente, algunas distinciones de la influencia estatal en el Sur de Chile, la cual reconoce en tres aspectos culturales: la perspectiva lingüística, la impronta decorativa de la alfarería de Valdivia y la indumentaria mapuche etnográfica (UHLE 1911:273,279).

Indudablemente, la estatura científica de Ricardo Latcham complotó, desde su postura empirista y evolucionista, para el reconocimiento efectivo de la presencia inca en Chile, la cual consideraba de una mínima incidencia sobre la población prehispánica, sin ninguna "gran novedad e importancia" (LATCHAM 1928:235); además fue taxativo al acotar a 45 años el dominio incaico de Chile central (LATCHAM, 1928:234). Juicios paradigmáticos que han provocado una suerte de anclajes interpretativos, de los cuales otros puntos del *Tawantinsuyu* no se han visto exentos, como por ejemplo, el Noroeste Argentino: "La idea de una incorporación política - militar del NOA al Tawantinsuyu, sin embargo, fue generalmente rechazada" (NIELSEN 1995:245).

La opinión de Latcham pesó ostensiblemente en los estudios prehistóricos, y recién en 1947, debido al hallazgo fortuito del cementerio abovedado de La Reina, Grete Mostny retoma la preocupación por el tema, registrando este sitio funerario como "el primer cementerio incásico que se conoce en la región, aunque piezas sueltas han de vez en cuando encontrado su camino a los museos y colecciones particulares" (MOSTNY 1947:36). Diez años más tarde, la misma investigadora, por causa de otro descubrimiento inesperado, realiza un estudio exhaustivo de la momia del Cerro El Plomo, su ajuar y ofrendas (MOSTNY 1957). Conjunto correspondiente al enterratorio de un infante en el contexto ritual de una *khapaq-qocha*, hasta ahora el registro más meridional de estas manifestaciones en el *Tawantinsuyu*. Este hallazgo genera otras síntesis y observaciones complementarias sobre las evidencias recuperadas, destacando el trabajo de Alberto Medina (1958). Resulta claro señalar que sin la preocupación de Grete Mostny por estudiar y publicar los significativos testimonios de La Reina y El Plomo, la investigación sobre el tema hubiera perdido toda continuidad.

En la década del '60 y comienzos de los '70s, sólo se consignan menciones generales a algunas evidencias funerarias del período (HOUSSE 1960; MADRID y GORDON 1964; GAJARDO y SILVA 1970; BAYTELMAN 1971; STEHBERG 1974).

Durante largo tiempo se consideraba que las explicaciones sobre la problemática inca en Chile central estaban en gran medida aclaradas por las contribuciones de los cronistas, la uniformidad de sus manifestaciones --con una adscripción cultural que parecía incuestionable-- y la corta duración del período (1473-1536), influyendo notablemente las opiniones de John Rowe (1945, 1946); planteamientos que hoy en día se encuentran seriamente cuestionados, particularmente en los aspectos cronológicos, con un conjunto de fechas absolutas (TL) que anteceden en varias décadas las clásicas precisiones historiográficas del inicio de la conquista incaica de Chile, 1473 (PLANELLA *et al.* 1993; RODRÍGUEZ *et al.* 1993; STEHBERG 1995).

El vuelco analítico en Chile central se observa en los últimos 24 años con una permanente atención al tema, que discute la anterior visión totalizante y estática del problema, pasando en forma progresiva --gracias a un conjunto de investigadores-- a distinguir particularidades, dinámicas, criterios diferenciales y variables sobre el proceso expansivo, generándose fuertes integraciones entre la información arqueológica y la etnohistórica, lo que ha permitido enfoques interdisciplinarios, contrastaciones y discusiones. En este esfuerzo investigativo encontramos los trabajos arqueológicos de Stehberg (1976 a, 1976 b, 1977, 1985, 1989, 1991-92, 1995), las contribuciones de Cabeza (1986, 1987), Planella (1993, 1994), y de nuestro equipo, encabezado por Rodríguez y el autor (1993 a, 1993 b, 1996, 1998). A su vez, en el campo de la etnohistoria, los estudios de los historiadores Silva (1977-1978, 1983, 1985, 1986, 1993), León (1983, 1989) y Téllez (1990), han nutrido y vigorizado la temática, favoreciendo un panorama de entendimiento integral.

Arquitectura

El problema del conocimiento y la variabilidad de yacimientos incas se acrecienta con la notoria falta de prospecciones arqueológicas orientadas hacia la búsqueda de sitios habitacionales del período o con influencia incaica en Chile central, que presenten o no restos arquitectónicos, aparte de los sitios definidos como fortalezas. Sólo conocemos el asentamiento y enclave Cerro La Cruz, en la V Región (RODRÍGUEZ *et al.*, 1993); el yacimiento "La Aldea", en Las Cruces, costa de la V Región (SCHWARZEMBERG com. pers., 1991), donde se registró metalurgia y cerámica con atributos diaguita incaicos y Aconcagua; el yacimiento El Coligüe, próximo a Colina, Región Metropolitana (DURAN *et al.* 1993), con sondeos preliminares; el sitio El Castillo, en el curso superior del Aconcagua, V Región, que recién se investiga (SANCHEZ com. pers., 1998); y algunos descubrimientos en la zona de Lampa, Región Metropolitana (JACKSON com. pers., 1995). Lamentablemente, como tantos otros casos, del importante sitio "La Aldea" no existe publicación alguna.

Con estos escasos datos y el conocimiento de realidades puntuales, como las fortalezas, los adoratorios en altura, algunas evidencias funerarias y segmentos de la red vial, resulta lógica la construcción de un panorama inconexo, que dificulta una visión global del sistema de dominio inca en Chile central, lo que ha llevado a configurar, desde nuestro punto de vista, una perspectiva predominantemente militarista y economicista del proceso expansivo. No obstante, abundan las preguntas sin respuestas, como esclarecer el propósito que cumplía el asentamiento "La Aldea" en la costa, junto a otros sitios que eventualmente pudieran ubicarse en aquellos sectores, en vías a clarificar el carácter de la ocupación incaica en esos ámbitos costeros. Como también, resolver los diversos papeles de los mitimaes diaguitas y sus interacciones culturales con las poblaciones locales; un problema presente en un gran número de lugares y espacios que utilizó el inca en la región. En esta misma línea de interrogantes, consideramos aún problemática la inmediata asociación entre sitios con evidencia arquitectónica y modelos de orientación monumentalista cuzqueña (GONZALEZ 1996), que conducen a precisar criterios ocupacionales y funcionales estrictos de los yacimientos efectivamente definidos como incaicos, sin considerar la variabilidad que pudieran presentar.

El reconocimiento de un sitio habitacional como inca, si bien identifica en términos generales ciertas expresiones culturales de un periodo determinado, requiere una resolución arqueológica con las especificaciones pertinentes para así evitar visiones uniformes. Por consiguiente, se plantea la posibilidad de discriminar entre: sitios locales con influencia o contactos con el *Tawantinsuyu*, sitios inca locales, sitios con acentuada presencia de mitimaes diaguitas, entre otros, pudiendo contribuir en esta tarea los estudios cualitativos y cuantitativos de materiales culturales diagnósticos, además de la correlación entre los aportes foráneos y locales, conjuntamente con las precisiones absolutas. Por otro lado, está presente el problema funcional y el definir la verdadera dimensión habitacional de un sitio en cuestión.

Del mismo modo, resulta indispensable aplicar la óptica del patrón de asentamiento, pues un sitio y su entorno, evidentemente, estaban integrados con otros asentamientos en un sistema y dinámica mayor, de hecho el uso del espacio implica una determinada planificación, cuyos detalles aún desconocemos. Algunas vinculaciones pueden establecerse, por ejemplo, entre Cerro La Cruz y algunos registros habitacionales tardíos del valle y curso medio del Aconcagua (sitios Parcela 7 y mina de Cerrillos), además de la posible relación entre algunos cerros-fortalezas y los cementerios ubicados a sus pies o en localidades cercanas. El primer caso ocurre con Chena y los sitios funerarios de San Agustín de Tango y Nos (HOUSSE 1960; STEHBERG 1976b), y el segundo acontece con el probable yacimiento incaico de Mercachas³ (SANGUINETTI 1975) y el cementerio abovedado de El Triunfo (DURÁN y COROS 1991), relaciones que requieren de mayor profundización y contrastación, tanto en el análisis de materiales como en posibles correspondencias cronológicas.

La aplicación del estudio del patrón de asentamiento se dificulta enormemente en Chile central por la gran acción perturbadora de las áreas de cultivo y las instalaciones urbanas actuales, aunque ello no es excusa para no obtener algún tipo de información altamente necesaria para la reconstrucción prehistórica. Esto explica la importancia de las investigaciones de Planella y Stehberg (1993,1994) en Chada y el Cachapoal, donde aplican esta nueva óptica y entregan valiosos aportes sobre un conjunto de asentamientos.

Con relación a los registros del "camino del inca", los antecedentes arqueológicos son hasta ahora escasos, sólo se cuentan los *chasquihuasi* de Conchuca, Bajo Cuzco y Alicahue, en Alto Choapa y Alicahue Adentro, al Norte de la región (STEHBERG 1995). Recientemente se han descubierto restos arquitectónicos (recintos de planta rectangular y tramos de camino) en la Laguna del Indio, curso medio del Río Yeso, que con bastante probabilidad pueden asociarse a evidencias viales incaicas (CORNEJO *et al.* en prensa). En los casos del Choapa se aprecia una simplificación en las instalaciones, que difieren de las obras visualizadas en los inmediatos valles nortinos (STEHBERG 1995:201), al igual que se han distinguido las particularidades de las construcciones de Laguna del Indio (CORNEJO *et al.* en prensa), lo que unido a los cerros-fortalezas nos lleva a destacar nuevamente las especificidades de la arquitectura inca de Chile central, coincidiendo en que el "trazado de las edificaciones se adecuó a las características de cada lugar, con lo que la disposición de los ambientes y la organización del espacio construido adoptó finalmente una fisonomía local" (MATOS 1994:127). En consecuencia, resulta factible entender que el sistema de asentamiento incaico fue coherente con las configuraciones ecológicas, geográficas y culturales que le presentó nuestra región, debiendo especialmente considerar que los "valles de Aconcagua y Mapocho tenían grandes superficies boscosas en tiempos incásicos" (RIVERA y HYSLOP 1984:110), incidiendo, probablemente, en una acentuada habilitación de asentamientos fortificados en cerros y colinas bajas, asimismo, influyó la comprensión de los rasgos distintivos de las poblaciones locales, quienes no implementaron aldeas, viviendo "más bien dispersos en torno a sus campos cultivados, concentrándose en determinados días para sus festividades y ceremonias" (RIVERA y HYSLOP 1984).

En cuanto a las fortalezas incas⁴ (conocidas también como cerros-fortalezas), estimamos que concentran más de una específica actividad humana, no restringiéndose a una sola determinación funcional, comúnmente defensiva, en muchos casos complementaria a otros quehaceres. Esto sin descartar el carácter defensivo de un sitio en particular, que necesita de comprobaciones y contrastaciones. Si bien les reconocemos a las fortalezas

una fuerte orientación estratégica y militar, en especial si contienen obras y recintos con determinada forma y ubicación (torreones defensivos, troneras, atalayas, muros defensivos, entre otros), no dejamos de considerar las variantes que podrían presentar, expresadas más allá de la lectura arquitectónica, siendo observables, dentro de lo posible, en la caracterización y en el comportamiento de los depósitos excavados, y en sus respectivas definiciones contextuales, las que pueden arrojar disímiles correspondencias con una caracterización funcional defensiva apoyada sólo en los rasgos arquitectónicos de los yacimientos. Además, como lo ha señalado Hyslop (1991:146), resulta "demasiado simplista pensar que los Inkas siempre aislaban actividades militares en sitios específicos".

Obviamente, la interpretación defensiva no alcanza a precisar las actividades humanas desarrolladas en los espacios fortificados de Chile central, cuyas evaluaciones con profundidad definen sus características, traspasando un silogismo determinista: sitio pircado + morfología de recintos = funcionalidad. Como ejemplos de esta situación podemos mencionar los casos del enclave⁵ Cerro La Cruz (RODRIGUEZ *et al.* 1993) y del pucara de Chena (STEBERG 1976b). El primero ha sido considerado por algunos autores como una fortaleza (SILVA 1993:285) o guarnición militar (RAFFINO com. pers. 1991), y aunque esté emplazado en un cerro, ostente una posición estratégica y posea muros que lo circunscriben, el trabajo de indagación arqueológica por medio de excavaciones sistemáticas en distintos puntos del sitio, permitió discriminar otras definiciones contextuales, visualizándose actividades productivas (principalmente mineras) y restos de diversa índole y origen, que comprueban un establecimiento humano y la certificación de un importante asentamiento y centro productivo. De esta forma, se sustenta la complejidad funcional del sitio, notablemente alejada de una básica especificación defensiva que arroja una primera lectura, por cierto parcial, de las evidencias arquitectónicas. Las anteriores observaciones no implican desconocer su condición de recinto fortificado, pero se asume sólo en términos complementarios a las precisiones funcionales del yacimiento (RODRIGUEZ *et al.*, 1993). Después de estos planteamientos, nos parece que al utilizar el concepto "guarnición militar" se minimizan los antecedentes arqueológicos obtenidos.

Por su parte, el pucara de Chena comparte algunas características con Cerro La Cruz, su emplazamiento estratégico en un cerro, muros que lo circundan, construcciones en la cumbre, fogones y restos arqueológicos similares, aunque en menor cantidad y variedad. Se le conoce tradicionalmente como una fortaleza, el trabajo de Stehberg fundamenta esa caracterización (1976b). Sin embargo, indicaciones de este investigador (1977, 1995) y posteriores revisiones de materiales inéditos recuperados del sitio, consistentes en abundante fragmentación cerámica, profusos huesos de camélidos, conchas de moluscos marinos y dulceacuícolas, fragmento de flauta de combarbalita (VASQUEZ com. pers. 1994) y hoja de hacha de cobre, llevan a resaltar también la visión y existencia de un activo asentamiento, que podría parecer elemental a la conformación de un complejo defensivo o de otros sitios de distintas funcionalidades, pero que no se destaca lo suficiente, en el entendido de una comprensión integral de las actividades desarrolladas en un yacimiento, más las inferencias funcionales que se deriven de ellas.

El concepto fortaleza conlleva una concreta carga significativa fundamentada por la disciplina histórica, de allí que su utilización como inmediata categoría funcional defensiva, y no como una denominación genérica de un sitio, desde nuestra opinión, coarta las posibilidades de discriminar otras categorías funcionales, que permitirían una mejor comprensión de los yacimientos. La última palabra en este sentido la tiene la resolución de la dicotomía y el análisis comparativo entre las expresiones arquitectónicas y los depósitos excavados de un sitio, siempre que estos últimos posibiliten la lectura arqueológica.

El emplazamiento de estos yacimientos trae consigo varias implicancias que facultan su entendimiento, contemplando una optimización de espacios en distintos ambientes y valles, que requirieron la modificación y la habilitación de superficies y terrenos, con una inversión de energía enfocada hacia la disposición de un específico asentamiento, de carácter temporal o de mayor permanencia. De esta manera, entendemos que las fortalezas incas poseían un indudable contenido de poder, un dominio concreto y simbólico, donde la altura cumplía un papel central, con grupos de fuerza en sectores planificados, convirtiéndose en auténticos focos difusores de la incanización en emplazamientos unificadores de la lógica expansiva del *Tawantinsuyu*. En

Chile central estos comprendería distintos niveles de dominio (según una de nuestras hipótesis de trabajo), desde la ausencia absoluta hasta territorios integrados a la dinámica estatal, desde influencias y contactos esporádicos hasta una dominación y control pleno, reflejando una ocupación desigual y discontinua, que dependía de varios factores, entre ellos la conquista militar, los grados de beligerancia de la población local, los pactos y las alianzas. Por ello señalamos que los grupos Aconcagua, la mayoritaria población tardía local de Chile central que observó la llegada del gran brazo expansivo inca, no fue asimilada en su totalidad, correspondiéndole a núcleos poblacionales específicos, de distintas proporciones demográficas, participar directamente, de las normativas incas de acuerdo a los intereses y requerimientos de la orgánica estatal, siguiendo sus particulares dinámicas e interacciones, en el marco de una ocupación incaica diferenciada, que genéricamente debió influir en variados aspectos culturales de las poblaciones tardías de Chile central.

Por último, el historiador Leonardo León ha planteado (1983,1989) que las fortalezas locales de Chile central fueron el eje de la resistencia a las invasiones foráneas, primero de los incas y luego de los españoles. Siguiendo este razonamiento, y complementando sus postulados, creemos que bien pudo corresponder a las fortalezas incas la tarea de responder a esta estrategia local con un sistema similar, pero enfocado hacia la conquista, la demarcación y el dominio territorial. No obstante, hay que tener presente la posibilidad de ocupaciones preincaicas de las fortalezas locales, como se ha comprobado en el Cerro La Compañía.

Alcances etnohistóricos sobre la monumentalidad

Complementando nuestra visión sobre el tema, debemos señalar que hasta ahora no se han localizado en Chile central antecedentes de arquitectura monumental⁶ que podrían relacionarse con un establecimiento administrativo estatal incaico y, por consiguiente, con construcciones de sobresalientes rasgos cuzqueños, según lo establece el patrón y modelo monumentalista (RAFFINO 1981; STEHBERG 1995). A este respecto, la información etnohistórica de las fuentes escritas más tempranas de los españoles resulta contradictoria, porque si bien señala la existencia de construcciones, no se detiene en especificar detalles que hubieran contribuido a esclarecer su insegura pertenencia al *Tawantinsuyu*.

Un ejemplo concreto se encuentra en las Actas del Cabildo de Santiago, fechado el 10 de junio de 1541 (C. H.CH., Tomo I, 1861: 88), en donde se dice que:

“el dicho Antonio de Pastrana, procurador de la dicha ciudad, mandó al pregonero público de ella Domingo, de color moreno, que llamase a concejo y tañase una campanilla con que se tañe a misa en este pueblo, porque no había otra mayor, para que al sonido de ella, como era costumbre, se juntase todo el pueblo y comun en un tambo grande⁷ que está junto a la plaza de esta ciudad”.

De este relato se pueden extraer algunos antecedentes importantes. Destaca la presencia de una obra arquitectónica, que por información histórica contrastada nos hace pensar en una implementación de ella en época prehispánica. Así, el "tambo" no aludiría a una posada o centro de reuniones de los españoles (un concepto que los ibéricos toman prestado del quechua). El texto se refiere a que en la edificación indicada se reuniría todo el pueblo, que evidentemente deja entrever la gran infraestructura de tales ingenios. Tómese en consideración que cuando se menciona el "pueblo" de Santiago del Nuevo Extremo en junio de 1541, a solo cuatro meses de su fundación, se está hablando de 150 individuos, integrantes de la hueste de Pedro de Valdivia (VALDIVIA 1955[1545], LEÓN 1989; SILVA 1993). Además, se suma en esta discusión el hecho que, por lo general, la lógica de dominio de los españoles era instalarse coercitivamente en lugares con asentamientos preexistentes, sometiendo a las poblaciones locales.

Los españoles en reiteradas oportunidades generalizaron las denominaciones de los emplazamientos que observaron, tanto en su funcionalidad como en su acepción cultural, ya que primaban los conceptos de *pukara*, tambo y fuerte, al igual que su adscripción unánimemente incaica, debido al conocimiento previo que poseían de esta realidad en Perú y a que, junto con las lenguas locales, constataron que se hablaba quechua hasta estas

latitudes. De ahí que para analizar la información del Cabildo no existan evidencias concluyentes para considerarlas como obras de poblaciones indígenas locales o del *Tawantinsuyu*. Por lo mismo no es definitivo ni suficiente que se mencione en otros testimonios etnohistóricos que tales o cuales construcciones sean "del Inga" o "del Inca", por las generalizaciones antes explicadas y que con cuidado detalle trata el historiador León (1989). Sólo se corroborarían los datos documentales sobre filiación cultural de cualquier instalación arquitectónica, si se confrontan con el punto de vista y la certificación arqueológica.

No obstante, existen otras evidencias que permitirían presumir la asignación de las construcciones del Cabildo a la impronta del *Tawantinsuyu*; debido a "la gran concentración de cementerios incaicos en el sector" (STEHBERG 1976b:32), y a la información de Bibar (1966[1558]:39) quien señala que el representante de Inca, Quilicanta, mucho antes de la llegada de los españoles, estaba entrabado en conflictos con los señores locales del Aconcagua, Michimalonko y Tanjalonko, situación que habría provocado el traslado de su residencia y su séquito desde el valle del Aconcagua al del Mapocho, originando asentamientos y dependencias probablemente con un patrón arquitectónico mayor, como el "tambo grande que está junto a la plaza de esta ciudad" (Santiago), cumpliendo, tal vez, algún tipo de actividad administrativa, al igual que lo hacía, desde nuestra perspectiva, el enclave Cerro La Cruz en el curso medio del Aconcagua.

Ya en 1976 Stehberg planteaba, sin poseer estos antecedentes, algunos alcances al respecto: "la ocupación inca del Mapocho surge como su principal asentamiento y quizás como centro administrativo y eventual proveedor de abastecimiento a las tropas encargadas de la conquista...". Llegado a este punto, el modelo permite perfectamente explicar el porqué Pedro de Valdivia decide establecerse en Santiago.

La existencia de un importante asentamiento inca en los márgenes del río Mapocho (Santiago) con un avanzado sistema de regadío y una población indígena abundante, convenció rápidamente a Pedro de Valdivia y sus hombres a establecerse en la zona y fundar la ciudad de Santiago de Nueva Extremadura (STEHBERG 1976b).

Sin embargo, y tal como lo indica Silva (1985: 337), ni en la crónica de Gerónimo de Bibar (1558) ni en las epístolas de Pedro de Valdivia (1545-1552), se encuentra alguna mención de los testimonios inmuebles aludidos u a otros que arrojaran luz sobre esta encrucijada. Asimismo, desconocemos las razones de porqué los cronistas españoles más conspicuos obviaron la existencia de la edificación analizada. También es posible que dentro de la mentalidad hispana de la época, el referirse a ésta u otras construcciones no era una prioridad en la dinámica de conquista, a menos que tuvieran una finalidad estratégica o se hayan convertido en puntos de beligerancia local, que sí requerían ser registrados.

Pese al antecedente del Cabildo y a las discusiones sobre su pertenencia o exclusión de la esfera del *Tawantinsuyu*; la temática de la presencia de monumentalidad inca en Chile central se aprecia, aparentemente, inconsistente. De igual modo, la única manera de confirmar la información del Cabildo, sería ubicar los restos arquitectónicos o algún indicio de ellos bajo los cimientos del centro de la actual ciudad de Santiago, junto a otras evidencias materiales diagnósticas como la cerámica.

Es probable que el "tambo grande" sea el que Tomás Thayer Ojeda ubica en un mapa de Santiago de 1600, identificándolo como "paredón y tambillos del Inca" (RIVERA y HYSLOP 1984:115), cuyo emplazamiento habría estado en el sector de la actual Estación Mapocho, en la banda sur del río epónimo. Creemos que los datos del Cabildo y del mapa de Thayer corresponderían a una misma instalación arquitectónica, opinión compartida por León (com. pers. 1998). Próximo a este posible *tampu* habría pasado el camino del Inca, por lo que hoy es la Avenida Independencia (RIVERA y HYSLOP 1984:116). Apoyan también estas opiniones los datos del padre Diego de Rosales, cuando indica que los incas observaron como "los españoles robaron las cassas de sus depositos en Mapocho, y se apoderaron de las virgenes Mamaconas" (ROSALES, 1989[1670]:328), además de indicar que gracias al cacique Loncomilla, Pedro de Valdivia se instaló en la banda Sur del Mapocho, "donde los Ingas auian echo una poblacion, que es el lugar donde oy esta la ciudad de Santiago" (ROSALES 1989[1670]:340). La información de Rosales nos parece valiosa, ya que puede contrastarse en términos generales, aunque debe tomarse con cautela, en particular sus afirmaciones de la

existencia de instituciones religiosas incaicas (SILVA 1985:337). También hay opiniones contrarias con relación a este tema, como la de Osvaldo Silva, que considera que los "paredones" serían de época hispano-indígena, cuya finalidad habría sido separar a los yanaconas de los españoles, ubicando a los primeros en la banda norte del Mapocho, en lo que fue el barrio de La Chimba (SILVA 1993:289). La última palabra en esta controversia la tiene la arqueología y hallazgos futuros que se realicen en estos sectores.

Comentarios finales

Discutimos algunos aspectos de la problemática inca en Chile central, que según se analizó y determinó en el transcurso de la primera parte de este trabajo, en unión a la labor científica de otros equipos indagatorios, recién comienza su sistematización arqueológica. De esta manera, junto a las investigaciones etnohistóricas se está llegando a la definición de sus interrogantes y características, procurando una comprensión progresiva de la temática, con el fin de comprender el significado de las huellas incaicas en el extremo meridional del *Tawantinsuyu*.

De lo tratado se deduce que la presencia inca en la región no representó un conjunto homogéneo sin variables, por el contrario, las evidencias indican la estructuración de un sistema de dominio articulado, donde la variabilidad ocupacional y los grados de interacción adquieren algunas pautas locales.

Sobre la base de este panorama, hablar de "sistemas" de ocupación nos parece, en el actual nivel de análisis, demasiado aventurado, a menos que se parta de un planteamiento hipotético, puesto que la fundamentación arqueológica aún es escasa. Sólo conocemos, en distintos grados, algunos sitios habitacionales, adoratorios, fortalezas, evidencias funerarias y segmentos de la red vial, que aun cuando son importantes no logran conformar una real visión del sistema de dominio incaico en la región. A lo anterior se suman la carencia de publicaciones sobre sitios incaicos, las discusiones pendientes sobre la problemática conceptual, los trabajos cuantitativos y cualitativos de diversos materiales incaicos inéditos, la distinción e interpretación de algunas posibles evidencias ideológicas, como también el precisar y aclarar las discordancias cronológicas entre la información etnohistórica y el dato arqueológico, aspectos con los que coincide un reciente y completo análisis del tema incaico en Chile (URIBE en prensa).

En esta perspectiva, nuestra posición no es objetar lo realizado por otros investigadores, sino pretender sistematizar y discutir algunos registros e información dispersa. A través de este procedimiento nos hemos dado cuenta de que en la actualidad poseemos, indudablemente, más dudas que certezas.

RECONOCIMIENTOS En forma muy especial agradezco a Victoria Castro, Antonia Benavente, Flavia Morello, Juanita Baeza, Mauricio Uribe, Mario Orellana, Carlos Urrejola y Patricio Tudela, por su comprensión, tiempo y paciencia. A todos los amigos que me apoyaron, gracias de corazón. Luis Cornejo y Mauricio Uribe me facilitaron gentilmente sus escritos sobre la problemática incaica; el primero, además, me sugirió algunas modificaciones pertinentes al escrito. Rodrigo Sánchez permitió la mención de un sitio inédito. Leonardo León, como siempre, intercambió algunas opiniones sobre el texto. Miguel Ángel Azócar prestó una importante ayuda en la versión final del trabajo. También se agradece la permanente e invaluable colaboración de mi gran amigo y colega, José Blanco. A Dinora Vergara, mis gracias infinitas por su apoyo vivencial.

NOTAS

¹ Este trabajo se basa en la ponencia *¿Arquitectura o monumentalismo Inka en Chile central?*, presentada al XIV Congreso Nacional de Arqueología Chilena, Copiapó, 1997, cuya versión resumida y final se publica en el presente boletín. La división en primera y segunda parte responde solamente a una separación temática.

² Investigador asociado, Museo Nacional de Historia Natural.

³ Mercachas es un yacimiento que aún carece de estudios sistemáticos que precisen, efectivamente, su filiación inca, además de no presentar dataciones absolutas.

⁴ Según Raffino (1988:123), fortaleza y pukara son lo mismo, debido a que presentan instalaciones defensivas y militares.

⁵ Ocupamos el concepto "enclave" para significar el establecimiento particular de mitimaes Diaguitas en un ámbito cultural y geográfico distinto de sus núcleos originales, además de concentrar actividades económicas y una considerable cantidad de objetos foráneos y locales. Esto no refleja una ocupación monocomponente, por el contrario, se confirman distinciones e interacciones culturales entre los grupos del Norte chico y las poblaciones Aconcagua, principalmente en el ámbito de cerámica diagnóstica, en contextos que por ahora indican un solo depósito ocupacional.

⁶ El término "monumental" es equivalente a obra arquitectónica mayor, con estructuras de grandes dimensiones.

⁷ El destacado es nuestro.

REFERENCIAS

- BAYTELMAN, B. 1971. En pleno centro un cementerio incaico-español. *En Viaje* 438: 12-13, Santiago.
- BIBAR, G. DE 1966 [1558]. *Crónica y relación copiosa y verdadera de los reinos de Chile*. F.H.B.J.T.M., Santiago.
- CABEZA, A. 1986. *El santuario de altura Inca cerro El Plomo*. Universidad de Chile, Santiago.
- CABEZA, A. y P. TUDELA 1987. Estudio de la cerámica del santuario Inca cerro Peladeros, Cajón del Maipo, Chile Central. *C'ava* 3: 112-119, Museo Sociedad Fonck, Viña del Mar.
- CORNEJO, L., M. SAAVEDRA y H. VERA, En prensa. Nuevos registros de asentamiento inca en la cordillera andina de Chile central. *Tawantinsuyu*.
- DURAN, E. y C. COROS, 1991. Un hallazgo inca en el curso superior del Aconcagua (V Región, Chile). *Boletín Museo Nacional de Historia Natural* 42: 169 - 179, Santiago.
- DURAN E., A. RODRIGUEZ y C. GONZALEZ, 1993. Sistemas adaptativos de poblaciones prehispánicas en el cordón de Chacabuco. *Boletín Museo Regional de la Araucanía* 4, II: 235-248, Temuco.
- GAJARDO TOBAR, R. y J. SILVA, 1970. Notas sobre arqueología de Quillota. Excavaciones en el estadio. *Anales del Museo de Historia Natural de Valparaíso* 3: 203-236, Valparaíso.
- GONZALEZ, C. 1996. El criterio monumentalista y su aplicación en la arquitectura inka de Chile Central. *Boletín Sociedad Chilena de Arqueología* 23: 33-37, Santiago.
- 1998. ¿Funebria incaica o de yanaconas en Chile Central? La problemática de las adscripciones temporales. *Boletín Sociedad Chilena de Arqueología* 25: 31-36, Santiago.
- GONZALEZ C. y A. RODRIGUEZ, 1993. Análisis de las prácticas funerarias incaicas de Chile Central. *Boletín Museo Regional de la Araucanía* 4, II: 223-234, Temuco.
- HYSLOP, J. 1990. *Inka settlement planning*. University of Texas Press, Austin.

- HOUSSE, R. 1960. Cementerios indígenas en el centro de Chile. *Revista Universitaria* XLIV – XLV: 47-56, Universidad Católica, Santiago.
- LATCHAM, R. 1908. ¿Hasta dónde alcanzó el dominio efectivo de los Incas en Chile? *Revista Chilena de Historia Natural* 12: 178-199, Santiago.
- 1928. *La Prehistoria Chilena*. Sociedad impresora y litográfica Universo, Santiago.
- LEON, L.1983. Expansión inca y resistencia indígena en Chile, 1470-1536. *Chungará* 10: 95-115, Universidad de Tarapacá, Arica.
- 1989. *Pukaraes incas y fortalezas indígenas en Chile Central, 1470-1560*. Institute of Latin American Studies, University of London, Londres.
- LOOSER, G. 1927. Algunos vasos aríbalos y aríbaloides de Chile y límite austral de su dispersión. *Publicaciones del Museo de Etnología y Antropología de Chile* 4: 297-303, Santiago.
- MADRID, J. y A. GORDON, 1964. Reconocimiento del sitio Jardín del Este, Vitacura, Provincia de Santiago. *Actas del III Congreso Internacional de Arqueología Chilena*: 185-189, Viña del Mar.
- MATOS, R. 1994. *Pumpu: Centro administrativo inka en la Puna de Junín*. Editorial Horizonte, Lima.
- MEDINA, A. 1958. Hallazgos arqueológicos en el cerro El Plomo. *Arqueología* 4: 43-63, Universidad de Chile, Santiago.
- MEDINA, J. T. 1882. *Los aborígenes de Chile*. Imprenta Gutemberg, Santiago.
- MOSTNY, G. 1947. Un cementerio incásico en Chile Central. *Boletín Museo Nacional de Historia Natural* 23: 17-39, Santiago.
- 1957. La Momia del Cerro El Plomo. *Boletín Museo Nacional de Historia Natural* 27: 3 – 121, Santiago.
- NIELSEN, A. 1995. Aportes al estudio de la producción agrícola inka en la quebrada de Humahuaca (Jujuy, Argentina). *Hombre y Desierto* 9, I: 245-256, Antofagasta.
- OYARZUN, A. 1910. Contribución al estudio de la influencia de la civilización peruana de los aborígenes de Chile. *Boletín del Museo Nacional de Chile*, 11, N° 1: 3-48, Imprenta Universitaria, Santiago.
- PLANELLA, M. T. y R. STEHBERG, 1994. Etnohistoria y arqueología en el estudio de la fortaleza indígena de cerro Grande de la Compañía. *Chungará* 26: 65-78, Universidad de Tarapacá, Arica.
- PLANELLA M. T., R. STEHBERG, B. TAGLE, H. NIEMEYER y C. DEL RÍO, 1993. La fortaleza indígena del Cerro Grande de la Compañía (Valle del Cachapoal) y su relación con el proceso expansivo meridional incaico. *Boletín Museo Regional de la Araucanía* 4, II: 403-421, Temuco.
- PRIMER LIBRO DE ACTAS DEL CABILDO DE SANTIAGO (1541-1557)*. Colección de Historiadores de Chile y Documentos Relativos a la Historia Nacional, 1861, Tomo I, Santiago.
- RAFFINO, R., 1981. *Los Inkas del Kollasuyu*. Editorial Ramos Americana, La Plata.
- 1988. *Las poblaciones indígenas argentinas*. Editorial Tea.
- RIVERA, M. y J. HYSLOP, 1984. Algunas estrategias para el estudio del camino del inca en la región de Santiago, Chile. *Cuadernos de Historia* 4: 109-123, Universidad de Chile, Santiago.

- RODRIGUEZ, A.; R. MORALES; C. GONZÁLEZ y D. JACKSON, 1993. Cerro La Cruz-. un enclave económico administrativo incaico, curso medio del Aconcagua (Chile Central). *Boletín Museo Regional de la Araucanía* 4, II: 201-221, Temuco.
- ROSALES, D. DE, 1989 [1670}. *Historia general del reino de Chile. Flandes Indiano*. Libro Tercero, I, Segunda edición, Editorial Andrés Bello, Santiago.
- ROWE, J. 1945. Absolute chronology in the Andean Area. *American Antiquity* 10: 265 – 284.
 -----1946. Inca culture at the time of spanish conquest. *Handbook of South American Indians*, Vol. 2: 183 – 330, Washington.
- SANGUINETTI, N., 1975. Construcciones indígenas en el cerro Mercachas (Depto. de Los Andes, Provincia de Aconcagua). *Anales del Museo de Historia Natural de Valparaíso* 8: 129-139, Valparaíso.
- SILVA, O., 1977-1978. Consideraciones acerca del período inca en la cuenca de Santiago, Chile Central. *Boletín Museo Arqueológico de La Serena* 16: 211-243 La Serena.
 -----1983. ¿Detuvo la batalla del Maule la expansión Inca hacia el Sur de Chile? *Cuadernos de Historia* 3: 7-25, Universidad de Chile, Santiago.
 -----1985. La expansión incaica en Chile. Problemas y reflexiones. *Actas del IX Congreso Nacional de Arqueología Chilena*: 321-344, La Serena.
 -----1986. Los promaucaes y la frontera meridional incaica en Chile. *Cuadernos de Historia* 6: 7-17, Universidad de Chile, Santiago.
 -----1993. Reflexiones sobre la influencia incaica en los albores del Reino de Chile. *Boletín Museo Regional de la Araucanía* 4, II: 285-292, Temuco.
- STEHBERG, R. 1974. Descubren cementerio indígena en La Reina. *El Mercurio*, 25/VIII/C: 37,44; Santiago.
 -----1976a. Notas arqueológicas del cementerio incaico de Quilicura, Santiago, Chile. *Noticiario Mensual Museo Nacional de Historia Natural* 234: 5-13, Santiago.
 -----1976b. *La fortaleza de Chena y su relación con la ocupación incaica de Chile central*. Publicación Ocasional Museo Nacional de Historia Natural 23, Santiago.
 -----1977. Reflexiones acerca de la fortaleza inca de Chena. *Revista de Educación* 62: 46-51, Santiago.
 -----1991-92. El límite inferior cronológico de la expansión incaica a Chile. *Xama* 4- 5: 83 – 89, Mendoza.
 -----1994. Ruinas de Chada y el problema de la presencia del Tawantinsuyu al sur del río Maipo. Resumen, *Boletín Sociedad Chilena de Arqueología* 18: 4, Santiago.
 -----1995. *Instalaciones incaicas en el norte y centro semiárido de Chile*. Colección de Antropología II, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Santiago.
- STEHBERG, R., N. CARVAJAL y R. SEGUEL, 1985. El tambo Conchuca y su relación con la ruta de penetración Inka al centro de Chile. *Comechingonia*, Año 4, Número especial: 15-42, Córdoba.
- STEHBERG, R. y A. RODRIGUEZ 1989. Ofrendatorio mapuche-incaico en el cerro Tren-Tren de Doñihue. *Museos* 6: 8-11, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Santiago.
- TELLEZ, E. 1990. De incas, picones y promaucaes. El derrumbe de la “frontera salvaje” en el confin austral del Collasuyo. *Cuadernos de Historia* 10: 69-86, Universidad de Chile, Santiago.
- UHLE, M. 1911. La esfera de influencia del país de los Incas. *Trabajos del IV Congreso Científico*, III sección: 260-281, Santiago.
 -----1922. *Fundamentos étnicos y arqueología de Arica y Tacna*. Imprenta de la Universidad Centra., Segunda edición, Quito.

URIBE, M. En prensa. El problema inca en Chile: un intento de reflexión teórico-metodológica. *Revista Chilena de Antropología*.

VALDIVIA, PEDRO DE, 1955[1545-1552]. Carta al emperador Carlos V, La Serena, 4 de Septiembre de 1545. *Cartas*, Colección Clásicos de Chile, Editorial del Pacífico, Santiago.